

Antropología de la estela funeraria. Repaso de la cuestión e hipótesis de interpretación

ANTXON AGUIRRE SORONDO

DEDICATORIA

¿Qué será lo que tanto nos atrae de esos monolitos toscos, gastados por los siglos, tan a menudo carentes de valor artístico como son las estelas?

¿Cuál es la razón profunda por la que, una y otra vez, volvamos sobre ellas, sobre esas misteriosas estelas empecinadas en ocultarnos sus orígenes y su razón profunda de ser y de pervivir hasta hoy?

¿Qué oculta motivación nos lleva a recorrer kilómetros para encontrar y censar una nueva pieza, un guijarro más en el enorme camino de piedras funerarias que atraviesa el continente de un extremo a otro?

¿Y por qué, además de por sano espíritu científico, nos reunimos cada vez con más frecuencia y en mayor número, mujeres y hombres de distinta procedencia para intercambiar ideas, hipótesis, hallazgos sobre las estelas, aunque tengamos la casi completa seguridad de que nada realmente trascendental, práctico, definitivo, podemos conseguir con nuestro esfuerzo?

¿No resulta una actitud bastante romántica y en cierto modo a contrape-lo en los tiempos que corren, cuando la practicidad, el beneficio directo, la productividad tangible es el parámetro que sirve para medir los resultados de cualquier empresa humana?

Cada cual tendrá sus respuestas a estas preguntas, como yo tengo las mías y que sintéticamente esbozaré al comienzo de esta ponencia.

Las estelas poseen un magnetismo enorme, motivado por todo lo oculto que hay en ellas: su misma morfología, su ubicación hincadas en la tierra de caminos, descampados y cementerios, sus graffias con frecuencia

arcanas, su ingenuidad y simpleza que alcanza lo más hondo y toca de lleno la espiritualidad primigenia... Zambullirse en el estudio de las estelas es entreabrir la puerta oscura de la muerte y buscarle un sentido. Las estelas hablan de la gran paradoja de la vida humana: esa que nos desgarran entre la certitud de una extinción definitiva bajo la forma material, y la siempre insatisfecha intuición de que algo nos proyecta más allá de la materia.

La presencia secuestrada de nuestro amigo don Pierre Ucla, secuestrada por una muerte absurda hace unos meses, precisamente cuando estaba enfrascado lleno de entusiasmo en la redacción de una ponencia para este Congreso, donde sin él saberlo íbamos a tributarle un entrañable homenaje, parece ilustrar trágicamente el sentido de lo que decimos.

Quienes tuvimos el privilegio de participar de la amistad de Don Pierre Ucla, quienes aprendimos junto a él tantas cosas nuevas sobre las estelas y también, o sobre todo, a dudar de tantas afirmaciones aventuradas sobre ellas, no podemos aceptar que su vida haya sido sin más segada, borrada por un accidente. Pierre y su esposa y colaboradora Françoise han perdido la vida, pero *sólo una vida*, ésta que conocemos. Hay algo que tercamente nos dice que su esencia vital, llámese espíritu, alma, karma o como prefieran ustedes, sigue viviendo en algún extremo de lo dado, de lo existente que por ello mismo no puede dejar de serlo.

Las circunstancias concretas además, con tantos proyectos aún sin terminar, con tantas ideas bullendo en su inquieto cerebro de investigador, hacen de esa muerte algo injusto e incomprensible, algo contra lo que no podemos menos que rebelarnos desde lo más íntimo de nosotros.

Un ilustre compatriota del matrimonio Ucla, Montaigne, decía que la única utilidad de la filosofía es que nos enseña a morir. Parafraseándole, podríamos replicar que si para algo sirven las estelas es para enseñarnos a vivir después de muertos.

Así es porque, como veremos enseguida, la estela apacigua el espíritu del humano físicamente roto, le sirve de referencia para iniciar el largo camino que le conducirá a otro lugar, a otra vida, a otra realidad...

Y quienes quedamos aquí, cuando contemplamos una estela a la orilla de un camino, sabemos que allí dejó de existir uno de los nuestros, a quien debemos auxiliar para que alcance reposo.

Es un misterio viejo como el mundo que pisamos, y que se perpetúa bajo otras formas también en la actualidad. Cuando consumimos nuestra estancia aquí, hemos de iniciar un trayecto que nos llevará no sabemos con certeza adónde. La memoria y todo lo que dejamos en esta tierra ha de servirnos para partir. Y la estela, desde hace siglos, ilumina al peregrino extramundano el curso de sus pasos.

Deseo que este amasijo de reflexiones salidas más del corazón que de la razón, sirva de sencillo homenaje a Pierre y Françoise Ucla, maestros y amigos. Siento pudor de afirmar que si su labor científica es de alabar, su calidad humana era muchísimo mayor. Me da pudor porque suena a lugar común, a tópico. Pero no puedo dejar de expresarlo. Su calidad humana era excepcional. Y su ausencia entre nosotros hoy, irremplazable.

1. PERSPECTIVAS ANALÍTICAS

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua define como estela al “monumento conmemorativo que se erige sobre el suelo en forma de lápida, pedestal o cipo”.

Esta primera aproximación aporta ya una respuesta a las tres preguntas clásicas: cómo, dónde y para qué. El significante estela implica un objeto –que puede ser de distintos materiales– cuya forma responde al de “lápida, pedestal o cipo”, su lugar de erección siempre “sobre el suelo”, y su sentido “conmemorativo”.

Cada uno de estos tres conceptos –*tipo, lugar y motivo*– abren otras tantas posibilidades para el investigador: el estudio tipológico, desemboca en análisis técnicos, cronológicos y artísticos; el examen del lugar nos conduce a conclusiones en orden a la geografía y la arqueología del entorno de la estela; mientras que su carácter conmemorativo incita a antropólogos e historiadores a interpretar el contexto social y cultural en que tiene lugar el fenómeno.

Me detendré someramente en cada una de estas perspectivas de análisis:

- *Arqueología*: La arqueología aporta suculenta información sobre la estela mediante la cata de los restos materiales que le rodean: elementos óseos, ofrendas o cualquier otro testimonio. Gracias a esto podemos aproximarnos a la datación cronológica de la estela. Este tipo de análisis no es muy frecuente, dada la reutilización constante de la piedra: no sólo desplazándola para señalar otra muerte, sino también para emplearla en cualquier tipo de construcción, para indicar el lugar de una batalla, para lindar los terrenos o los límites de un cementerio, como adorno, etc. Por tanto, sólo en aquellos enterramientos que hayan permanecido inviolados tendremos posibilidad de encontrar respuestas arqueológicas unidas a la presencia de estelas.

- *Cronología*: Analizaremos las estelas cronológicamente, bien porque su datación nos venga dada por la arqueología, bien porque en ellas mismas consten fechas u otras inscripciones suficientes para su conocimiento, o también por lo que la tradición popular nos transmita. Podremos hacer un análisis cronológico de las estelas asimismo mediante el estudio comparativo de varias de ellas o incluso por los datos históricos conocidos, los cuales nos brindarán unas pautas para perfilar su contexto.

- *Técnica*: La estela en sí misma nos suministra información con sus particularidades físicas. Esto es, a partir de un análisis técnico de la misma. De qué materiales se partieron (piedra, madera, metales...), cómo se trabajaron (herramientas de labra, plantillas –recuerdo a este respecto una estela que fue realizada por un cantero analfabeto mediante plantillas, y que por equivocación colocó una letra invertida–), el tipo de incisión (rayado, bajo, medio o alto relieve), y si en positivo o negativo (externo o interno respectivamente), amén de un largo etcétera de características físicas susceptibles de clasificación y también de periodización, habida cuenta de que el análisis comparativo de las diversas piezas puede auspiciar una aproximación cronológica, sea por el reconocimiento de unas mismas manos artesanales, por la existencia de cuadrillas o escuelas de tallistas, o incluso de modas tipológicas.

- *Geográficamente*: Cuando estudiamos las estelas en función de su posible emplazamiento original, estamos empleando una perspectiva geográfica. O a la inversa, podemos encarar la geografía de un lugar y ya delimitado

apurar la investigación del fenómeno en ese espacio. Nuestro recordado Pierre Ucla acometió la titánica tarea de confeccionar un atlas de estelas, obra hasta hoy inédita, mientras que muchos de nosotros hemos acotado regiones o provincias para rastrear sus estelas. Los resultados en ambos casos son dinámicos y evolutivos, pues constantemente aparecen nuevas aportaciones que modifican las conclusiones geográficas.

- *Artísticamente.* También del arte sacaremos a menudo jugosos resultados. Sus figuras, sus textos, sus relieves, la evolución de sus formas y grafías nos dirán mucho sobre las estelas. Como también la disposición de los elementos representados, sin olvidar no sólo sus caras sino también pies y cantos. El estudio de sus posibles pinturas, e incluso de su ubicación con respecto al sol por si se detecta alguna intención simbólica en las sombras que proyectan. De los modelos que sus creadores se auxiliaron: escudos nobiliarios, crismones de templos, monedas de la época, útiles de labranza u oficio, o copia de tallas, iconografía religiosa e imágenes profanas.

- *Antropológicamente.* Asimismo hay la posibilidad de efectuar un estudio de las estelas desde el punto de vista antropológico. Una antropología religiosa con la colección de ritos unidos a los enterramientos y de ritos que se desarrollaban en o junto a las estelas, y una antropología histórica sobre las personas que intervinieron en su erección y en su culto. Como su título reza, la presente ponencia adopta este enfoque, aunque toma alguna apoyatura en los restantes apartados.

Al abordar las estelas en función de algunos, varios o todos estos parámetros, cosecharemos conclusiones de interés para la comprensión de la época, el mundo creencial de sus ejecutores o de su tiempo, los datos del difunto, el motivo de su erección, etc.

Por supuesto, todo lo anterior debe estar íntimamente relacionado con el estudio bibliográfico, que en nuestro caso tiene una importancia esencial. Repasemos al respecto la evolución de las investigaciones estelísticas durante el último siglo.

En un principio las aproximaciones teóricas se ocupaban fundamentalmente de los orígenes: recordemos a Frankowski, Breuil u O'Shea, por ejemplo. Posteriormente, una segunda generación de investigadores multiplica las coordenadas de sus estudios. Así, José Miguel de Barandiarán fue el pionero en la catalogación de estelas en el País Vasco, Pierre Ucla se interesó más en su número y su dispersión geográfica, Michel Duvert en el análisis estilístico, Carmen Jusué en los resultados de las catas arqueológicas, C. Lamalfa aporta interesantes conclusiones a partir del carbono 14, Francisco Javier Zubiaur, Carlos de la Casa, Inocencio Cadiñanos, Francisco Marco Simón, Josep M. Miró, Joan Menchón, L. Silgo, José Belez y quien escribe, entre otros, efectuamos censos detallados de las piezas de nuestras respectivas zonas e intentamos obtener conclusiones. Y por su singular importancia mencionamos aparte los estudios historiográficos nacidos de la paciente e intensa labor de los ya citados Ucla, de la Casa, Jusué y Menchón.

Me apresuro a aclarar que, por supuesto, casi todos nosotros tenemos también otros intereses y abordamos el tema desde distintos enfoques, y así como Ucla especulaba sobre el tamaño de las estelas discoidales, a nuestro amigo Michel Duvert le han ocupado los ritos relacionados con ellas, a Car-

los de la Casa la dispersión geográfica, o a mí mismo los problemas relativos al contexto en que tienen origen.

Afortunadamente, nuestro esfuerzo colectivo se ve recompensado por hallazgos, conclusiones e incluso atinadas hipótesis, que van enriqueciendo la disciplina. Pues aunque sostengamos lo que al principio dije, a saber, que nada realmente trascendental, práctico, definitivo podemos conseguir con nuestra bienintencionada voluntad, sino apenas trazar círculos concéntricos alrededor de la estela, tampoco podemos negar la evidencia de que hemos avanzado enormemente. Recordemos si no cómo se encontraban los estudios en cantidad y en calidad en época del pionero Frankowski, hace ahora 75 años.

En este lapso de tiempo son cientos los artículos que se han publicado. Y llegados a este VI CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE LAS ESTELAS FUNERARIAS, nos sobran motivos para congratularnos de que un grupo de jóvenes investigadores con toda honestidad y entusiasmo se sumen a nosotros con sus aportaciones.

Los últimos quince años han sido decisivos para llegar a este punto. En 1979, se celebraron las primeras jornadas en Lodève (Francia), donde se pusieron en marcha los intercambios fluidos entre los especialistas y la tradición congresual. Sus actas recogen 25 trabajos de muy diverso tenor.

Bayona, en el País Vasco-francés, fue escenario en 1982 del Segundo Congreso, al que se aportaron 30 trabajos. Empieza ya a hablarse de metodología investigadora y entra la arqueología con fuerza.

En 1987 se celebra otra vez en tierras galas, en Carcassonne. Entre sus 27 ponencias, llegadas de distintos puntos del continente, destaca la gran heterogeneidad de intereses con trabajos sobre figuración, iconografía y una estu-penda bibliografía reunida por Pierre Ucla.

Por primer vez, y de la mano de la Sociedad de Estudios Vascos/Eusko Ikaskuntza, en 1991 pasan las jornadas a este lado de los Pirineos, a Donostia-San Sebastián. Sus actas, recientemente aparecidas, reúnen 37 ensayos de muy diverso signo agrupados en los siguientes capítulos: prerromanas y romanas, inventarios o censos, simbología y técnica, metodología e historiografía. A mi modo de ver, este Congreso dio ya una clara definición científica a la estela, que entró a ocupar un lugar propio y peculiar en el campo de la investigación.

Por su parte, el gran acierto del Congreso de Soria de 1993 fue aportar una perspectiva global del panorama de las estelas mediante ponencias de muy alto nivel. Se leyeron 68 trabajos sobre prehistoria, mundo preclásico y clásico, visigodas, hebreas, andalusíes, hispano-cristianas y modernas.

Creo que una primera conclusión se desprende de todo lo dicho: ya no basta con limitarse a "dar a conocer nuevas estelas". Sabemos que es labor primordial, pues sin este primer paso resulta imposible dar otros, desde luego, pero habiendo llegado a la madurez que hemos alcanzado se antoja imprescindible elaborar estudios parciales que aquilaten el universo de las estelas: arqueológicos, cronológicos, técnicos, geográficos, artísticos, antropológicos o historiográficos, estudios que en su mayoría están pendientes y que ofrecen al investigador un campo impresionante, apasionante y fértil.

Aún más: no sólo es posible el análisis de las estelas desde cada uno de estos enfoques, sino que es necesario abordar la estela *desde todos estos puntos de vista*.

Soy de la opinión de que a la estela hay que tratarla antropológicamente, como a un fenómeno humano: fisiológica y espiritualmente. Desde su apariencia externa –color, talla, sexo, medidas craneales o pautas serológicas (que equivaldrían a los aspectos técnicos y artísticos de la estela)–, hasta su genética interna (arqueología), su procedencia (geografía), edad (cronología) e incluso su trasfondo sociológico (en el Congreso de Soria ya hablamos del utilización de la estela, en un momento histórico, por los movimientos nacionalistas).

La estela es necesario estudiarla de forma interdisciplinar para extraer todos sus contenidos.

Ahora bien, siempre hay que especificar que cualquiera que sea el enfoque o intención del estudio, deberá respetar un principio básico: el de fundarse en la metodología científica y no en el campo de la ficción imaginativa de los autores; no niego la validez de esta posibilidad, pero con ella entraríamos ya en el dominio de la especulación artística y saldríamos del científico, cosa que a veces ocurre sin que sus responsables delimiten claramente los dos terrenos.

2. LA PREHISTORIA FUNERARIA

Como introducción necesaria a las tesis que a continuación presentaré, resulta pertinente dar un repaso a las primeras manifestaciones funerarias de la cultura humana.

La señalización del lugar donde yace un cuerpo constituye una constante histórica cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Su primera culminación llega con la civilización egipcia, cuyas pirámides representan aún hoy una de las más sublimes expresiones artísticas y culturales de la creencia en el más allá.

Las tumbas imperiales de Xian, en China, con sus más de 6.000 figuras de barro de tamaño natural, el Taj Mahal en la India, la Basílica de San Pedro en Roma, los Inválidos y el Panteón en París o el Valle de los Caídos en las afueras de Madrid son algunos de los ejemplos más significativos de monumentos levantados en memoria de los difuntos.

En el Nuevo Mundo el fenómeno se reproduce con idéntica fuerza: mayas, aztecas y mixtecas disponían de tumbas sencillas, cistas, fosas, cámaras, urnas y ollas, amén de la impresionante pirámide-tumba de Palenque (México), muestras todas ellas de una cultura funeraria de gran expresividad.

Pero podemos retroceder todavía más atrás, a tiempos anteriores a la historia documentada. Centrándome en el País Vasco, que es el territorio que mejor conozco y que destaca como uno de los más ricos en arte funerario prehistórico, las primeras necrópolis aparecen simultáneamente al desarrollo de la agricultura y de la domesticación de animales en el período Eneolítico. Al principio serán tumbas individuales, que en Guipúzcoa se remontan al sexto milenio antes de Cristo. Hasta entonces todo parece indicar que los cuerpos se dejaban sin enterrar, y con posterioridad se evolucionará hacia enterramientos colectivos: se apreció por los restos de ofrendas que no se daba una simple acumulación, sino inhumación de varios cuerpos en un mismo lugar. Ello no obstante, se asume el anonimato del difunto y la dispersión de su identidad entre la colectividad.

En la primera mitad del cuarto milenio antes de Cristo aparecen los dólmenes para dar reposo a inhumaciones colectivas, que pervivirán hasta mediada la Edad del Bronce. Son estructuras megalíticas formando una cámara generalmente cubierta con piedras o tierra y orientadas del este hacia el oeste, posición que curiosamente heredan las iglesias románicas medievales e incluso edificios posteriores.

Pero se da el caso que se alterna este elemento funerario, el dolmen, con las cuevas sepulcrales, donde los cuerpos se depositaban cubiertos posiblemente con ramas y otros elementos perecederos además de sus ofrendas. De modo que aquí casi no puede hablarse de enterramiento o inhumación.

En el País Vasco se conocen 230 cuevas sepulcrales y cerca de un millar de dólmenes.

Otro monumento prehistórico fueron los menhires, comúnmente relacionados con ritos funerarios aunque de hecho no se han encontrado pruebas de tal relación a pesar de las catas y el sinfín de estudios realizados. Autores como Blot sostienen la teoría de que con los menhires se limitaban zonas geográficas, lo que tampoco está comprobado pero deja bien a las claras que su identificación con la cultura mortuoria está aún lejos de demostrarse.

Durante la Edad del Hierro, poco antes del primer milenio anterior a nuestra Era, las migraciones llegadas desde el Oriente europeo fueron probablemente las introductoras de la cremación. Los restos y cenizas se depositaban dentro de piezas de cerámica en el centro de los cromlechs.

Esta nueva práctica no suplantó totalmente a la inhumación, sino que se alternaron durante un largo período que llega incluso hasta la romanización y que se extingue por completo con el triunfo del cristianismo¹.

Entre las muchas cuestiones de todo orden que la evolución de la cultura funeraria plantea, queda por desvelar la relación existente entre destrucción del vínculo físico –simbolizado por la incineración– o su mantenimiento –en forma de cadáver enterrado–, con respecto a la creencia en una vida ultraterrena.

Lo que en cualquier caso parece desprenderse de todo esto es que *las creencias forjan los ritos*. Hemos de acercarnos al apartado espiritual del tiempo en que se erigen los monumentos funerarios –en nuestro caso, cuando se crearon las estelas– si queremos interpretar sus significados. Es decir, que debemos acercarnos a la superestructura creencial de los sujetos que dan vida a la estela. Prestar oído a lo que la estela nos dice de sus credos y de sus descreimientos, es la única forma que conocemos para bucear en la naturaleza profunda de la piedra.

3. REPASO HISTÓRICO: LA ESTELA FUNERARIA

Después de este relampagueante repaso a la evolución de la cultura funeraria, refresquemos ahora la memoria con los datos más importantes que conocemos sobre la estela a lo largo del tiempo y del espacio.

1. ARMENDÁRIZ, Ángel. *La idea de la muerte y los rituales funerarios durante la prehistoria del País Vasco*. Revista MUNIBE. N° 8. págs. 13-32. Sociedad de Ciencias "Aranzadi". Donostia-San Sebastián. 1992.

Las primeras referencias nos hablan de cipos funerarios documentados desde el 1100 a.C. y de estelas funerarias etruscas italianas datadas de los siglos VIII y VII a.C., muchas señalando el emplazamiento de urnas de cremación. Idéntica función cumplían las de Carratiermes (Soria), Cerralbo (Salamanca) y Taracena (Guadalajara), éstas algo más tardías, de los siglos VI al I a.C.

No muy lejos de aquí, en la provincia de Álava, se han encontrado, entre otras, dos estelas discoidales del siglo V o IV a.C. según datación por radiocarbono, en un contexto funerario de incineración. Estos hallazgos, que tuvo a bien compartir con nosotros Idoia Filloy en el Congreso de San Sebastián, nos informan de un marco cultural celtiberizado².

Las famosas estelas gigantes cántabras y astures parecen remontarse según unos autores a los siglos III al II a.C., y según otros como Francisco Marco o Eduardo Peralta³ al II o I a.C., siempre en funciones funerarias como cabezales de sepultura.

Bastante similares a éstas son las ibéricas de Clunia (Burgos), que se hermanan cronológicamente con las de Oyarzun (Guipúzcoa), Caspe (Zaragoza), Iruña (Álava), las bajoaragonesas y las romanas de Vaucluse (Francia). Es decir, todas ellas del segundo o el primer siglo anterior a Cristo.

Cruzando ya el umbral de nuestra Era, Vizcaya nos aporta una colección de estelas prerromanas de entre los siglos I a.C. y IV d.C.

A éstas siguen las que el maestro Ucla llamara paleocristianas: las francesas de Aisne del siglo V, de Val D'Oise en Vexin de los siglos VI y VIII, las merovingias de Yonne del VII, y en tierras peninsulares Burgos aporta estelas de entre el V y el VII, Herramelluri (Logroño) del VI y VII, Lizarraga (Navarra) del V al VII, y de entre las centurias sexta y décima son las discoidales y tabulares que Carmen Martín Gutiérrez censó en Cantabria.

Testigos pétreos de las fronteras del milenio hay en abundancia. Así tenemos estelas entre el IX y el XI en Alava, Navarra y Vizcaya que denotan una tardía cristianización en sus pautas indigenistas, como es especialmente palpable en las de Argiñeta de Elorrio (Vizcaya).

Del XII en adelante, ya con el cristianismo plenamente establecido, hemos de seleccionar los ejemplos entre un gran caudal: Soria, Usclas-du-Bosc (Francia), Valencia, Monasterio de Las Huelgas de Burgos, Navarra...

Dignas de resaltar son las que ilustran las Cántigas de Alfonso X El Sabio, del siglo XIII, o las antropomorfas de Yugoslavia, región de Mostar, altas de 1,5 a 1,8 m., del XIV al XV aproximadamente y coetáneas de las de la isla de Gotland, Suecia, de hasta 2,9 m. de altura, todas ellas señalando el lugar de un enterramiento.

En efecto, este es el punto en común de todas las estelas hasta aquí vistas. Si bien ignoramos muchísimas cosas sobre la génesis de la estela, parece claro

2. FILLOY NIEVA, Idoia. *Temas iconográficos en las estelas funerarias de la IIª Edad del Hierro en Alava: Representaciones astrales, animales y humanas*. En: "IV Congreso Internacional sobre la estela funeraria (Donostia, 1991)". Eusko Ikaskuntza / Sociedad de Estudios Vascos. Cuaderno de Sección Antropología-Etnografía. Nº 10. pág. 353. Donostia-San Sebastián. 1994.

3. PERALTA, Eduardo. *Estelas discoideas en Cantabria*. En: FRANKOWSKI, Eugeniusz. *Estelas discoideas de la Península Ibérica*. Colegio Universitario de Ediciones Istmo. Madrid. 1989. págs. 425-446.

y unánime que su función fue siempre la señalización mortuoria, haciendo de cabecera de un cuerpo yacente generalmente en referencia al sol, es decir con la cabeza en posición oeste y los pies al este, orientado hacia el nacimiento del astro rey.

Por supuesto, casos hay en que han aparecido estelas medievales en un contexto distinto, pero que a mi juicio no cabe duda de que están siempre desplazadas de su primitivo emplazamiento y función. Lo mismo me atrevo a decir de la práctica totalidad de ejemplos que se nos ofrecen de estelas cuya finalidad funeraria resulta aún muy discutible, excepciones a la regla al margen.

Empezando por las estelas romanas, cuya manifestación de un rito funerario es evidente y en las que tallaban la efigie del difunto, fenómeno típico de esa civilización. Destacamos entre esta especie de estelas-retrato las de la necrópolis de Cartago (Túnez) o las de Burdeos, de los dos primeros siglos de nuestra Era. Pero aun en este caso nos faltan las respuestas: ¿para qué las colocaron?, ¿respondían a ciertas creencias religiosas?, ¿por qué era importante la figura del difunto?

Cuando el autor Eduardo Galán nos informa sobre las estelas ibéricas del Bajo Aragón, hace saber que no hay certeza de que con ellas se señalaran enterramientos; pero tampoco de que no lo hicieran, añadido yo.

Ucla cita⁴ una serie de curiosas estelas en Gran Bretaña, monolitos de hasta 5,25 m. de los que se desconoce su emplazamiento original. Hasta que no se demuestre lo contrario, me inclino a clasificarlas entre las “estelas reutilizadas”, dada la posibilidad razonable de que fueran levantadas en principio en cementerios, al igual que sus gemelas de los cementerios monásticos escoceses, que también pasan de los cinco metros de altura y que son de claro origen sepulcral.

Por supuesto, cuando tratamos el tema del sentido o función tradicional de las estelas dejamos de lado las estelas modernas, muchas de ellas renacidas dentro de un ritual funerario nacionalista. Pero no sólo, pues Inocencio Cardañanos Bardeci⁵ en Burgos y José Belez en Portugal (quien censa estelas de 1900 hoy en el Museo Regional de Sintra y otra de 1917 de cerca de Leiria en Castelo-Branco), amplían el campo de la investigación sobre estelas modernas a terrenos ajenos a los mencionados nacionalismos.

En consecuencia, mientras no dispongamos de pruebas tan fehacientes como las hasta aquí esgrimidas en favor de la tesis funeraria, soy de la opinión de que la estela es un monumento erigido a la memoria de un fallecido en favor de su alma.

4. UNA HIPÓTESIS SOBRE LA ESTELA DE CEMENTERIO

Hecho repaso de los diversos tipos de monumentos funerarios y de la historia de la estela, encararemos a continuación las primeras reflexiones sobre el tema.

4. UCLA, Pierre. *Atlas des steles discoïdales*. Texto mecanografiado. págs. 177 y 174.

5. CARDIÑANOS BARDECI, Inocencio. *Estelas discoïdeas en la provincia de Burgos*. Boletín de la Institución Fernán González. Excma. Diputación Provincial de Burgos. Año LXXII. Nº 207. 1993/2.

En primer lugar no sabemos si los monumentos dolménicos son simples lugares “sólo” para enterrar o fueron construidos para que además fueran motivo de culto y señalamiento.

Distinto es el caso de los menhires, ya que resulta difícil su datación y, como ya dijimos, no hay confirmación de que perteneciesen a un culto funerario. Ahora bien, ¿pudieron servir como bases pictóricas hoy perdidas? ¿O acaso fueran monumentos para ser decorados con ramas y flores dentro de un determinado ritual, como las famosas cruces de mayo en la cristianidad? No lo sabemos, como tampoco si sirvieron de señalización de zonas o representación de divinidades, héroes, jefes o personajes importantes.

De las estelas-menhires de la costa mediterránea francesas, erigidas por comunidades neolíticas agrícolas y cazadoras que describiera A. D’Anna⁶, tampoco se ha demostrado el motivo de su erección: ¿de señalización?, ¿de protección?

Claro está, mucho más fácil sería llegar a alguna conclusión si las estelas transmitieran por sí mismas mensajes explícitos sobre su función. Como de hecho sucede a partir de cierto momento de la historia, cuando lápidas, estelas y laudas pertenecientes a un grupo social culto llevan inscripciones, textos que podrán ser leídos y comprendidos.

Pero el símbolo, como bien sabemos, actúa con idéntica fuerza que la palabra, y es ésta una característica del medievo: su riqueza simbólica que abarca desde el símbolo-casa y el símbolo-tumba, hasta los símbolos religiosos y míticos. Todo un lenguaje, en suma, en muchos sentidos superior a la propia palabra.

Hay que analizar pues las estelas, cipos, laudas y todos los monumentos funerarios en función de la capacidad de lectura de los mismos por parte de sus contemporáneos. Tenemos que analizar las estelas no como elemento de laboratorio, sino dentro del contexto de creación de hombres concretos de una sociedad, para transmitir a través de ellas un mensaje. Considero que nuestro objetivo último sería descifrar dicho mensaje, pese a su complejidad.

Mensaje que se superpone a lo largo de los siglos con las interpretaciones, repeticiones y cultos que sobreviven al paso de las generaciones. En suma, el mensaje sigue viviendo y evoluciona, se transforma. Recuerdo a este respecto una anécdota que gustaba relatar a nuestro maestro don José Miguel de Barandiarán. Siendo guiado en el monte por un pastorcillo, éste se agachó a coger una piedra y unos metros más adelante la tiró encima de un montón de ellas. El pastor no lo sabía, pero Barandiarán enseguida comprendió que se trataba de un túmulo funerario. Preguntó al chaval la razón de que hiciera ese gesto, y él le contestó que puesto que así lo hacían sus padres y sus abuelos, y antes todos sus antepasados, él también arrojaba una piedra al montón cada vez que pasaba por allí.

Aquel muchacho sin saberlo completaba un rito funerario de origen secular. La construcción de aquel monumento de guijarros se había producido en una época indeterminada, pero con la repetición de un mismo gesto, todas las generaciones habían colaborado a mantenerlo por así decir “vivo”

6. D’ANNA. A. *Les statues-menhirs et stèles anthropomorphes du Midi Méditerranéen*. Editions du C.N.R.S. Paris. 1977. pág. 186.

en una construcción evolutiva, construcción constante que unía el ayer al siempre.

Algo parecido recuerda este ponente a quien también un pastor acompañó a ver una ermita, bajo la cual afirmaba el hombre había “enterramientos de gentiles”. Y, en efecto, por la forma de la ermita y la loma sobre la que se asentaba, es muy posible que ocultara un túmulo o un dolmen, como de hecho está comprobado sucede en muchos lugares (por ejemplo en la asturiana Ermita de Santa Cruz de Cangas de Onís, levantada sobre un dolmen).

Barandiarán mismo, que para quienes todavía no lo sepan era sacerdote, todos los años descansaba en la sierra de Aralar (Navarra), y nunca abandonaba el lugar sin antes rezar un responso ante un cromlech cercano.

Hagamos ahora repaso de los enterramientos cristianos. En primer lugar habrá que definir el papel de la iglesia como edificio religioso. Era la iglesia un lugar seguro y un refugio inviolable, lo que atraía a prófugos y delincuentes, pues de allí no podían ser sacados. En ellas se celebraban reuniones, incluso las civiles y de ayuntamientos, ya que bajo su tutela no puede detenerse ni perseguirse a nadie por sus opiniones.

En un principio se da sepultura en la iglesia a los santos: San Pedro en Roma, Santiago en Finisterre. Los demás cristianos serán enterrados en su entorno exterior. Poco a poco, con el discurrir del tiempo, dentro de la iglesia se albergan los cuerpos difuntos de papas, cardenales, obispos, sacerdotes, reyes, príncipes, infantes... Hasta que se extendió a todos los cristianos.

La inhumación intramuros cumplía una función de protección material (no pueden ser profanadas las tumbas) y de protección espiritual (es un lugar sagrado).

Este privilegio en toda nuestra geografía siguió el orden ya enumerado: primero fueron los sacerdotes, después los nobles y pudientes, alcanzado en su última fase al pueblo llano.

Permítanme insinuar ahora una nueva hipótesis sobre la expansión de la estela cristiana. Pues aunque, como vimos, la estela es anterior al cristianismo, es con la implantación de éste cuando alcanza su máximo desarrollo cuantitativo, ya en los siglos XII al XIV, hablando en términos generales.

Las formas consagradas, las hostias redondas para la misa, se conocen desde el siglo VI, empleándose el mismo pan que el de consumo diario, unas tortas redondas del grosor de un dedo aproximadamente.

Desde el siglo VII las hostias se fueron haciendo más pequeñas, grabándose en ellas figuras sagradas o letras simbólicas como la cruz o el anagrama de Cristo. A partir del X u XI aparecen los hierros para hacer hostias, aunque todo indica que los merovingios los utilizaban desde el IX, siendo las formas ya muy parecidas a las actuales. Se multiplican, en suma, tamaños y figuras.

Nos encontramos ante la curiosa circunstancia de que la expansión de ambos fenómenos, estelas y hostias, son coetáneos, y de que sus formas son semejantes, tanto en lo que a su finomía externa se refiere como incluso a los dibujos interiores, que en principio eran unas simples cruces y poco a poco fueron recargándose.

Aún en nuestros días, se viste a los sacerdotes difuntos con ropa eclesial y se coloca en sus manos el cáliz y la patena. Para que la patena se sostuviese era generalmente clavada en una fruta (manzana o naranja), de forma que el

efecto que producía era como si sobresaliese la patena del cáliz cual hostia consagrada.

Sabido esto, resulta difícil sustraerse a la hipótesis que voy a aventurar: ¿no pudieron las estelas servir al principio como signo representativo de las sepulturas sacerdotales? De hecho, el maestro Pierre Ucla, interrogado sobre los orígenes de las estelas, decía, en referencia a las del norte de Europa, que –cito literalmente– “si hay alguna hipótesis razonable es que los primeros monjes evangelizadores venidos de las islas británicas fueron quienes las difundieron por la parte norte del continente”.

De ser así, y al igual que ocurriera con los enterramientos dentro de los recintos eclesiásticos, una tradición que comenzara siendo preeminencia de eclesiásticos –lo que explicaría los abundantes hallazgos dentro de los conjuntos monásticos y conventuales–, se amplió más adelante a nobles, entendido como gesto cristianizador y también de ostentación, y por fin al vulgo.

En resumen: si bien presuponemos que la génesis simbólica de las estelas precristianas enlaza con remotos cultos solares, astrales o de divinización de héroes, una hipótesis que se desprende del estudio cronológico e iconográfico comparativo de las hostias consagradas y de las estelas es que su renacimiento y profusión durante el tránsito entre la Alta y la Baja Edad Media estuviera motivado por su incorporación a la imaginería funeraria de la clase sacerdotal, es decir como cabeceras de sepultura, antes de extenderse entre nobles, señores y pudientes.

5. OTRAS PIEDRAS, OTROS RITOS

A pesar de que hay quien sostiene que también se erigieron estelas funerarias fuera de cementerios, creo que es algo que aún está por demostrar especialmente si nos remontamos a siglos anteriores al XIV, salvo en casos puntuales.

Pierre Ucla reunió en su *Atlas des Stèles* algunos de los primeros ejemplos de discoidales de camino. Así por ejemplo las dos estelas ubicadas en Schleswig-Holstein (Alemania) y fechadas en 1466, servían para marca el lugar donde cayó muerto el peregrino Hinrik Pomert, indicándose al caminante que fue elevada allí por su hijo y pidiendo una oración por su alma⁷. Igual ocurre con otra de fecha 1398, cuyo texto es de lectura problemática.

Según el mismo autor, también en Bulgaria las había alejadas de emplazamientos funerarios, que el profesor Peter Petrov llamaba “piedras votivas”, aunque no poseo datos suficientes para su análisis⁸.

Las “cruces de rueda” de Cantal (Francia), situadas en el límite de un territorio, apenas se las puede considerar estelas, pues tan sólo son cruces con círculo, muy semejantes a las visigodas e irlandesas⁹.

Por último, el mismo fenómeno se reproduce en el caso de las del Finis-terre francés, que Ucla bautizó como “cruces de anillos” y que parecen datar

7. UCLA, Pierre. *Op. cit.*, pág. 97.

8. *Ibidem*, pág. 103.

9. *Ibidem*, pág. 25.

de entre los siglos V al X. En realidad son cruces de término o amojonamiento¹⁰.

Al lado de estos ejemplos, que en algún extremo pueden dar pie a la discusión, en toda Europa hallaremos estelas situadas en las partes cimeras de edificios religiosos, iglesias, ermitas, cementerios, pero que en general son piezas reutilizadas y de muy dudosa evidencia de que fueran fabricadas para dichos emplazamientos.

Igual ocurre con las estelas de ciertas casas de mercaderes del Báltico, también censadas por el incansable UCLA, que decoran puertas y accesos. Son discos “a modo de estelas discoidales”, pero sin que podamos llamarlas plenamente estelas.

Llegados a este punto, perdonarán que efectúe una digresión de tipo semántico pero que encaja con lo que acabo de exponer. A mi parecer, sobra el apellido “discoidal” a la materia objeto de nuestros congresos, ya que entiendo que es una particularidad ni suficiente ni necesaria de la piedra mortuoria. Por contra, con la denominación “estelas funerarias” separaremos todo un mundo de formas que si bien pueden a veces (con más o menos rigor) ajustarse al tema, lo hacen sólo desde el punto de vista artístico: cruces con aros de límites, cimeras de edificios, etc. Es decir, piezas decorativas redondas ajenas a una función ritual.

Porque, una de dos, o nuestro interés se centra en la función (funeraria) o se vuelca en la tipología física (redonda o discoidal), pero incluir en una especie de *totum revolutum* desde la estela rectangular mortuoria a la cruz de anillos de caminos, nos obliga a adentrarnos en un heterogéneo bosque del que difícilmente podremos salir pertrechados de ninguna conclusión.

Sería bueno, pues, que nos esforzáramos para que en lo sucesivo los *Congresos de Estelas Funerarias* se ajusten lo más posible a este título, desechando en consecuencia a efectos de nuestras reuniones cuantos círculos o similares encontremos.

Volviendo al hilo de nuestra exposición, recordemos lo ya dicho anteriormente: que la estela, al igual que los demás ritos, son efecto de las creencias de los sujetos que a través de ellos se expresan. Para rastrear en lo más hondo, hay que estudiar las creencias, origen del universo ritual en que la estela nace.

Así, hemos lanzado la hipótesis de que las primeras estelas cristianas formaban parte del ritual funerario del cuerpo eclesiástico en la franja histórica entre el primer y el segundo milenio.

Por otro lado, cuanto podemos saber sobre ritos unidos a las estelas se refiere sólo a épocas recientes, y surge después de una ardua y no siempre gratificante investigación de campo.

Algunas estelas de camino de Navarra siguen siendo objeto de tradiciones de esta clase, como expuse en el Congreso de San Sebastián de 1991. Fundamentalmente, cuatro son los actos piadosos de los que es “protagonista”:

1. Se reza al pasar delante (caso de las localidades de Eraúl e Irurre).
2. El caminante toca la estela y luego se santigua.

10. *Ibidem*, pág. 31.

3. Desde la estela se bendicen los campos (Eraúl y Arizaleta, pero también en la villa soriana de Los Campos, junto a la Ermita de San Roque).

4. Empleo de las oquedades labradas en la piedra a modo de aguabenditeras, habida cuenta que la lluvia allí depositada era considerada sagrada.

No se trata de hechos anecdóticos ni de aspectos periféricos sobre el tema de las estelas, sino que juegan un papel esencial para que penetremos en la “vida” de la estela, en su realidad antropológica.

6. LA ESTELA DE CAMINO EN LA ESCATOLOGÍA CRISTIANA

Bajo el término genérico de “estela de camino” definimos aquella que se coloca en el lugar –por lo común despoblado– donde muere una o varias personas. La estela de camino es un cenotafio conmemorativo de una muerte violenta o al menos imprevista.

De las 34 estelas de camino que se censan en el libro *Estelas Discoidales de Gipuzkoa (origen y significado)*¹¹, sabemos que más de un tercio están unidas por tradición a una muerte violenta: seis víctimas de duelos, peleas o guerras, dos posibles asesinatos, tres atacados por animales y un probable envenamiento.

Más significativos aún son los datos que recogimos en el estudio del navarro Valle de Dierri¹², donde censamos 137 estelas inéditas. Pues bien, de las 157 estelas en total analizadas, 77 eran a nuestro criterio de cementerio y 80 de camino. Y con tradiciones unidas a su erección fuera de camposantos: nueve muertes por causas desconocidas, diez asesinatos, ocho muertes por accidente, un suicidio y una tal vez en el escenario de una batalla; por tanto, todas aluden a defunciones “no naturales”, violentas.

La experiencia nos indica, por tanto, que la ubicación de una estela donde se produjo una muerte violenta o una muerte solitaria (aunque es indudable que todas las muertes son “solitarias” por naturaleza), estuvo del todo punto arraigada.

Arraigada, sí, pero especialmente a partir de cierto momento, pues todavía ignoramos por qué abundan tantas estelas o cruces de camino a partir del XVI, y sin embargo escasean piezas anteriores a esa centuria.

Intentaremos ensayar a renglón seguido una argumentación que, apoyándose en la escatología religiosa, justifique la tradición de esta clase de estelas. Una hipótesis sobre la que he reflexionado largamente antes de exponerla, y que ahora desearía contrastar con ustedes.

Hasta la Baja Edad Media, el dogma cristiano sancionaba que a la vida terrena seguía, tras la muerte, la condenación eterna o la salvación de su alma. A partir de cierto momento aún sin precisar, una modalidad intermedia abre una esperanza de salvación también para los pecadores: el purgatorio.

11. AGUIRRE, Antxon. *Estelas discoidales de Gipuzkoa (Origen y significado)*. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. KUTXA. 127 pp. Donostia. 1991.

12. AGUIRRE, Antxon; ARGANDOÑA, Pedro. *Las estelas del antiguo Valle de Dierri (Navarra)*. Revista KOBIE. Diputación Foral de Bizkaia. BILBAO. N.º V. pp. 7-130. 1991.

Algunos autores señalan la aparición de la idea del “purgatorio” en fecha tan temprana como el siglo VIII, mientras que otros, aun reconociendo la inspiración de Agustín de Hipona en su elaboración, lo retrasan a fechas posteriores al siglo XII, como es el caso del clásico en esta materia el francés Jacques Le Goff¹³. Lo cierto es que la definición pontificia del purgatorio data del año 1259.

Así, cuando el 17 de abril de 1014 el rey navarro Sancho el Mayor y su mujer doña Mayor testan al Monasterio de Leire el de “Yrrumendi”, lo justifican en su deseo de alcanzar la vida eterna y por miedo a las penas del infierno¹⁴. No se cita aún el purgatorio: el cielo y el infierno son las únicas alternativas.

Por contra, desde el siglo XVI surgen por doquier las cofradías “de las Animas del Purgatorio” (como la del Monasterio de San Agustín de Pamplona¹⁵), amén de las mandas en metálico “a las ánimas del purgatorio”.

Esto es así por cuanto el Concilio de Trento (siglo XVI) eleva el purgatorio a la categoría de dogma de fe, aunque ya en el de Lyon II del año 1274 fueron sentadas las bases. Atendiendo a ello, los católicos (no así los protestantes que lo rechazan) pueden interceder por el alma de los difuntos envarados en un estadio intermedio entre el cielo y las llamas del infierno, en ese lugar físico que el teólogo Francisco Suárez sitúa “versus centrum terrae” (hacia el centro de la tierra), y para superar este trance necesitan de oraciones. Es importante, pues, que el fiel ayude con sus plegarias a la salvación de esas almas, ya que recíprocamente éstas podrían interceder por la suya.

Por supuesto, este dogma supuso un cambio en la mentalidad popular y en el ritual cristiano. Aumentan las bulas, donaciones, oficios por los antepasados difuntos, las 40 misas de San Gregorio, la construcción de capillas, ermitas, oratorios, grandes panteones... al objeto de rescatar del purgatorio a los seres queridos. Pero además se valoran las indulgencias, de suerte que el fiel puede “ganar puntos” para su salvación aún en vida de diversas formas: ayudando con su dinero a la Iglesia, haciendo caridad con los demás, etc.

En consecuencia, justo cuando el dogma del purgatorio es reconocido por la jerarquía vaticana, en el siglo XVI, se multiplican las estelas de camino.

¿Es una mera coincidencia? Yo creo que no. Téngase presente que la muerte repentina supone que el fiel no ha tenido tiempo ni ocasión de confesarse y salir de la vida terrena con sus “cuentas saldadas”. La muerte lo sorprende en estado que no siempre es “de gracia”. Por tanto, su alma necesita más ayuda que los fallecidos en brazos del confesor. Necesita oraciones, y para demandarlas nada mejor que una cruz, una talla en la roca o una estela (en muchos casos aprovechando las abandonadas en los viejos cementerios al pasar a enterrarse dentro de la iglesia) en el lugar del óbito: a su vista, el caminante comprendía que debía detenerse para pedir la redención de ese alma en suplicio.

13. LE GOFF, Jacques. *La naissance du purgatoire*. Paris. 1982.

14. MARTÍN DUQUE, Angel. *Documentación medieval de Leire: Siglos IX a XII*. Diputación Foral de Navarra. Pamplona. 1983. pág. 33.

15. Archivo Diocesano de Pamplona. Sección Procesos. Pamplona, 1587. Secr. Sojo. C/83, nº 29. 24 fols.

Según esto, ¿todo aquel que muriese en circunstancias violentas o imprevistas merecía este favor? Desde luego, pero en especial los frequentadores de caminos y despoblados: caminantes, peregrinos, mercaderes, mendigos, pastores, gente errante de dudosa virtud que necesitaría todo el apoyo de los vivos para conquistar la salvación... Aunque nadie está a salvo, como recuerda el infierno de *La divina comedia*, y el más honesto y noble podía caer en manos de Lucifer.

Con todo, pongo aquí a su discusión una nueva hipótesis de trabajo: la expansión de la estelas de camino coincide con la aparición del dogma del purgatorio y de todo un ritual paralelo.

7. CONCLUSIONES FINALES

Ha llegado el momento de concluir. Resumamos lo hasta aquí planteado.

En primer lugar hemos desglosado las disciplinas que podemos aplicar al análisis de las estelas discoidales. Por medio de la arqueología, la datación cronológica, la técnica empleada, el entorno geográfico, el estudio artístico, antropológico e histórico, podremos llegar a conclusiones que serán tanto más enriquecedoras cuantas más perspectivas empleemos.

Posteriormente hemos efectuado un somero repaso a los distintos tipos de enterramiento que conocemos: dolmen, cromlech, túmulos, cuevas, etc.

Asimismo vimos cómo a lo largo de la historia aparecen diversas modalidades rituales unidas a la muerte, que comienzan con el trato mismo que se dispensa al cadáver, que unas veces será inhumado y otras incinerado. De aquí se colige algo que resulta obvio, pero que nos interesa muy fundamentalmente en nuestro campo de estudio: *los ritos responden a las creencias*. Son éstas las que marcarán los actos y las actitudes que luego se transformarán incluso en “costumbres” y tradiciones, de las que muchas veces ni los propios ejecutores conocen su origen. Tendremos, pues, que esforzarnos por descifrar las creencias para interpretar los rituales que explican la existencia de estelas.

La primera evidencia que se impone es que el mundo creencial sirve de soporte y fundamento a las actuaciones relativas a la muerte.

Nos detuvimos al llegar a este punto en la génesis histórica de las estelas funerarias, tanto las precristianas como las cristianas. Sobre estas últimas aventuro una hipótesis: que bien pudieran haberse extendido como símbolo funerario del cuerpo sacerdotal, es decir que *primero sirvieran de cabeceras de tumbas clericales* antes de ser copiadas por nobles, ricos y prohombres, al igual que ocurrió con el privilegio de inhumación en los carnarios de los templos.

A ello colabora el hecho de que las formas consagradas, las hostias tal como hoy las conocemos, elaboradas con hierros y grabadas con anagramas, datan de la misma época aproximadamente que la generalización de la estela, así como que cementerios monacales, conventuales y eclesiales alberguen un considerable número de ejemplares de la mayor antigüedad. En consecuencia, pudiera ser que las primeras estelas surgieran como representación o símbolo de las hostias.

La discoidal, de ser esto así, es un fenómeno característico y peculiar de la religión cristiana, y si encontramos este tipo de construcción en zonas ajenas a esta fe (hablando siempre de tiempos medievales), habría que comprobar que no se trate de enterramientos de seguidores de la Iglesia romana.

Entrando ya en una segunda fase histórica de la estela, comprobamos que sale de los cementerios y se implanta en tierras abiertas, en caminos y despoblados. Unido a ello recibimos ejemplos de rituales que han perdurado hasta hoy: la estela pervive como lugar de oración, de bendición de los campos, piedra benefactora y en cierta manera bendita, por lo que se la toca al pasar o bien se mojan los dedos antes de santiguarse con el agua depositada en sus oquedades.

Sobre el apasionante mundo de las estelas de camino nos hemos atrevido a lanzar otra hipótesis interpretativa: a saber, que *su erección en caminos y despoblados está emparentada cronológicamente con la nueva creencia en el purgatorio*, por la cual los vivos pueden intervenir en la salvación última de los muertos. Podría, por tanto, justificarse que las estelas se pusieran donde alguien ha encontrado una muerte repentina, violenta, trágica, para pedir oraciones por su redención dado que murió sin tiempo para ponerse en gracia.

Por obligación religiosa todo el que pasa ante una cruz debe santiguarse y rezar. También la estela garantiza una oración por el alma del difunto, y tal vez incluso su salvación.

Poco importa el anonimato del sujeto, pues cristiano es al fin y al cabo y merece una oración. Ahora bien, si en principio es posible que careciese de importancia este detalle, según avanza la alfabetización aparecen mayor número de piezas con textos y fechas identificables; soy de la opinión que existe una relación entre la evolución cultural de la población y la de los signos y textos de las estelas, como se desprende del hecho evidente de que las leyendas se hacen más frecuentes a medida que avanza la instrucción.

Con este repaso cierro mi aportación al tema. Si alguna de estas hipótesis se confirman o desmienten con nuevos argumentos bueno será, ya que nos habrá ayudado a una mejor conocimiento de estas joyas de nuestro patrimonio ahora al fin reconocidas como tales. No es otro nuestro interés ni distinto el motivo de nuestros esfuerzos.

Al fin y al cabo, todo se explica por la fe en las ideas. Y ese todo, en nuestro caso, abarca desde las propias estelas hasta nuestra presencia aquí.

Donostia-San Sebastián, 21 de diciembre de 1994
Festividad de Santo Tomás



Foto 1. Hierro gótico para la fabricación de hostias de Meoz (Navarra). En una cara representa la Crucifixión de Cristo y en la otra su Resurrección.



Foto 2. Cristo románico (siglo XII) que ilustra la "Biblia de Avila". Biblioteca Nacional. La misma representación aparece en las hostias y en las estelas de la época.



Foto 3. Ilustración de la "Biblia de San Luis de Francia" (siglo XIII) con Cristo gótico. Catedral de Toledo. La misma representación aparece en las hostias y en las estelas de la época.



Foto 4. Ilustración de la "Biblia de San Luis de Francia" (siglo XIII) con Cristo gótico. Catedral de Toledo. La misma representación aparece en las hostias y en las estelas de la época.



Foto 5. En la "Biblia de San Luis de Francia" esta imagen relaciona la Santa Misa con los fieles difuntos.

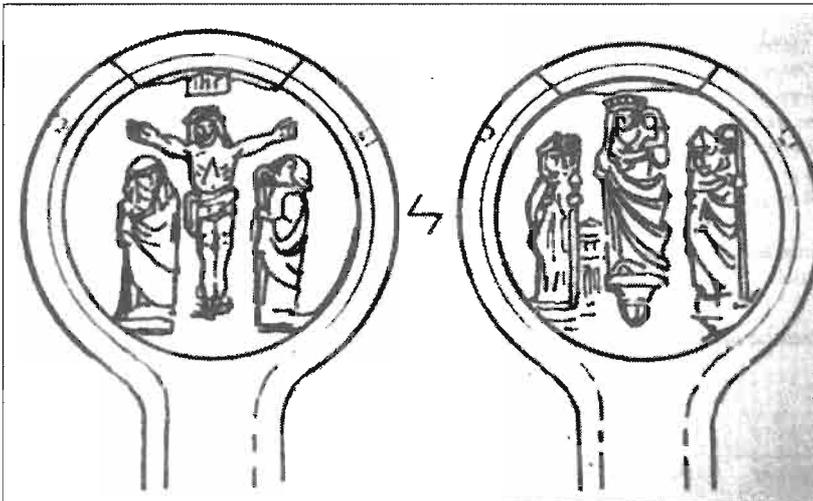


Foto 6. Estela de Saint-Antonin-Noble-Val (Francia) donde aparece una escena de Crucifixión. Presentada por R. Aussibal en el Congreso de Estelas de Carcassonne (1987).

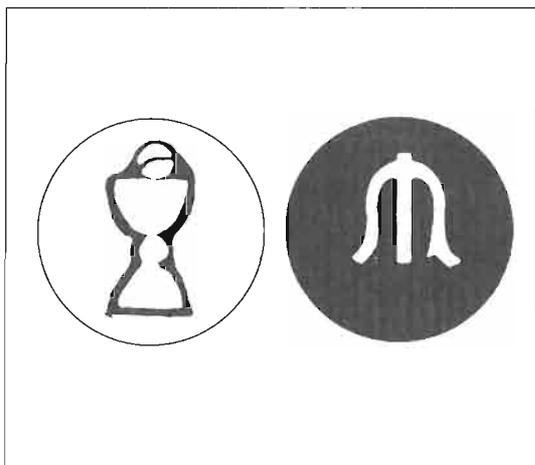


Foto 7. Estela en el Museo Municipal de Torres Vedras (Portugal) presentada por J. Beza en el Congreso de Estelas de San Sebastián (1991).

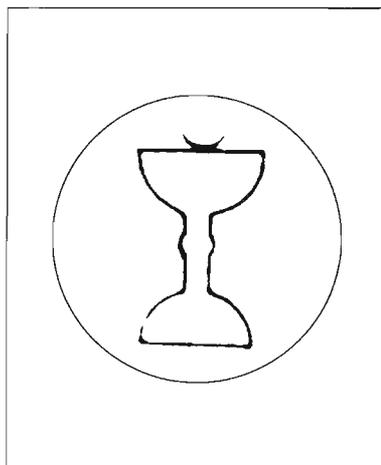


Foto 8. Estela del Museo Municipal de Estremoz (Portugal), presentado por el mismo autor.

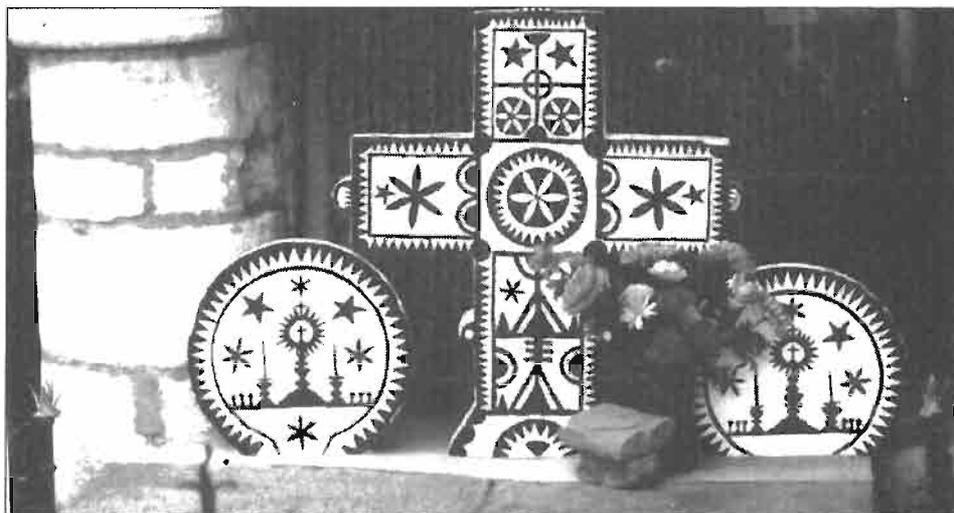


Foto 9. Las estelas de Hellette (Lapurdi), reproducen los motivos de las hostias.

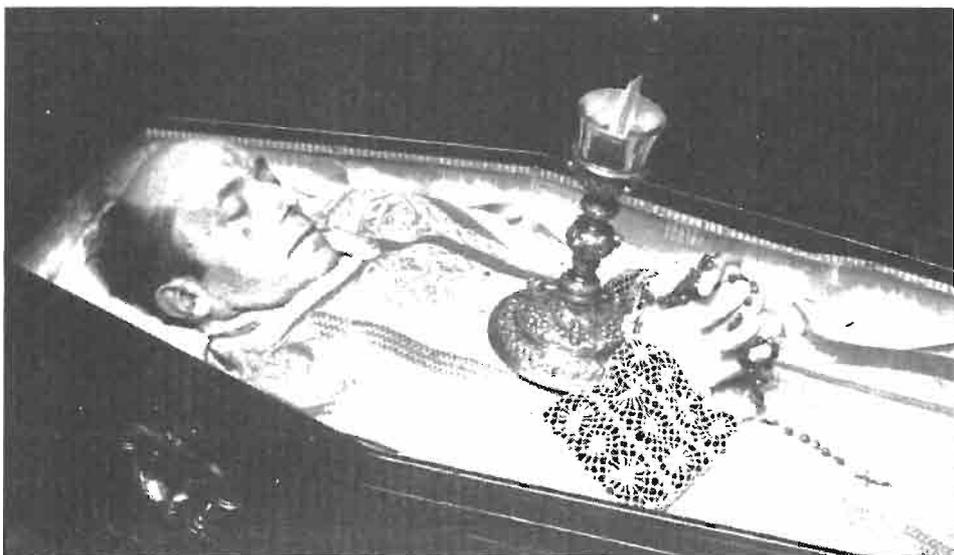


Foto 10. Sacerdote difunto con cáliz y hostia en su interior.